

# Ensayo de un diccionario de la literatura colombiana

Escribe: NESTOR MADRID-MALO

Se reanuda ahora la publicación de este **Ensayo de un diccionario de la literatura colombiana**, que se había interrumpido temporalmente. Los artículos correspondientes a las letras "A" y "B", aparecieron en números de este **Boletín**, correspondientes al año de 1964. El autor espera, en sucesivas entregas, poder coronar hasta su terminación esta laboriosa tarea.

## — LETRA "C" —

CABALLERO CALDERON, EDUARDO. (Bogotá, 1910). Estudió en el Gimnasio Moderno, y luego algunos años de jurisprudencia en el Externado de Colombia. En 1933 fue elegido diputado a la asamblea de Boyacá, y en 1943 a la de Cundinamarca. Por esta época ya hacía parte de la redacción de **El Tiempo**, al cual había ingresado desde 1939. Fue director del suplemento literario y encargado de la dirección de ese diario, del cual ha sido desde entonces colaborador permanente. Pasó después a desempeñar el cargo de secretario de la Embajada de Colombia en Lima y en la de Buenos Aires, y el de agregado cultural y encargado de negocios en Madrid. Al abandonar tal posición en 1949, como consecuencia de los acontecimientos políticos entonces acaecidos, continuó viviendo en España un tiempo, entregado a actividades publicitarias y editoriales —fue uno de los fundadores de la Editorial Guadarrama—, que continuó a su regreso al país, donde fue de los iniciadores de la emisora **El mundo en Bogotá**, que tan activo papel cultural ha ejercido. Enseguida fundó con José Umaña Bernal el programa radial titulado **Hombres y letras**, de corta pero significativa vida. Restablecido el régimen democrático en el país, fue elegido representante a la cámara en 1958. Después de varios años de actividad política, fue designado embajador de Colombia ante la Unesco, cargo que ocupa en la actualidad.

A través de tales ocupaciones, y en los períodos de receso que ha pasado en su posesión rural de "Tipacoque", en Boyacá, —que tan hermosas páginas le ha inspirado—, Caballero ha sabido edificar una de las más sólidas

obras de nuestra literatura que ya desde 1944 le valió el ser designado miembro de la Academia Colombiana de la Lengua. En un principio predominó en ella el ensayo, pues desde su obra inicial *Caminos subterráneos*, 1936 —hasta *Ancha es Castilla* (1950), todos sus libros pertenecen a ese género. Pues si bien es cierto que en 1943 había publicado ya *El arte de vivir sin soñar*, este, más que una novela, es un fantástico relato al estilo de *Las mil y una noches*, en el cual, sin embargo se veía ya el novelista en ciernes que en 1952, con la aparición de *El Cristo de espaldas*, figurara con todos los honores entre los mejores cultivadores de tan azaroso género.

Desde entonces, Caballero ha repartido sus actividades entre el ensayo —campo, sin duda, de sus mayores predilecciones estilísticas— y la novela. Pero no por ese predominio del ensayo en su obra puede decirse que sea un ensayista metido a novelista. Podría decirse, más bien, que es un novelista a quien el afán de objetividad —tan propio del ensayista—, había evitado hecharse a volar por los dominios de la pura ficción literaria, no obstante haber estado siempre más que capacitado para ello, como puede apreciarse —no solo en su hermosa fábula de *El arte de vivir sin soñar*—, sino en un libro anterior, *Tipacoque* (1941), y aún más en el *Diario de Tipacoque* (1950), que son en verdad el gran momento de transición entre el ensayo y la novela en la obra de Caballero Calderón. En efecto, muchos de los personajes de *El Cristo de espaldas* y de *Siervo sin tierra* (1954), ya andaban rondando por aquellas páginas dignas del maestro Azorín. Porque Caballero, con su prosa castiza y escueta, maneja un estilo digno del escritor castellano y de ese otro hidalgo de las letras colombianas, don Tomás Rueda Vargas, a quien aquel debe no poco en ese sentido.

Con *El Cristo de espaldas*, no solo surge Caballero como novelista, sino que aporta a nuestra literatura la primera obra importante en ese campo, después de *La vorágine* de Rivera y de *El hombre bajo la tierra*, de Osorio Lizarazo. Nada había aparecido desde entonces que tuviera los visos de obra seria y válida que tal novela significa. Si Arango Ferrer ha dicho que “todo es feo” en ella, se refiere —claro está— a lo horrible del ambiente y de las almas con los que Caballero zurce su historia, que es desapacible e ingrata por este aspecto. Pero desde el punto de vista de la técnica narrativa utilizada y de la forma literaria, es, por el contrario, un libro hermoso y consagratorio. Todo lo que ha escrito después Caballero, desde *Siervo sin tierra* a *El buen salvaje* (1966) —pasando por *La penúltima hora* (1955) y *Manuel Pacho* (1962)—, acusan, a lo sumo, mejoramientos técnicos pero no estilísticos ni estéticos. *Siervo sin tierra* es un relato que se alarga cansadamente con la enumeración de las desgracias de un pobre campesino despojado de todo; *La penúltima hora* —la más floja de todas sus novelas— acusa la premura con que fue escrita, para cumplir un encargo editorial; y *Manuel Pacho*, reviviendo lo mejor de *El Cristo de espaldas*, representa un avance técnico sobre aquella obra, pero no una superación de la misma.

Y lo mismo podía decirse de *El buen salvaje*, la novela que le ha valido hace poco el ambicionado “Premio Nadal”, máximo galardón de la narrativa en español. Al trazarnos la historia del estudiante colombiano que pasa tantas aulagas en París, mientras trata en vano de escribir una novela, Caballero ha logrado una obra construida según modernos cánones, de evi-

dentes aciertos literarios. Pero tan rellena de una serie de divagaciones, reflexiones y notas del personaje, en torno de una multitud de cosas y asuntos, que a simple vista se observa cómo en esta oportunidad el novelista ha sido traicionado no pocas veces por el ensayista. Pues todo eso resulta extraño y de más allí. Pero, no obstante, representa una superación en la labor novelística de Caballero, en cuanto por segunda vez —la primera fue *La penúltima hora*— ha logrado salirse del localismo terrígeno que se advierte en sus anteriores aportes al género. Y esta vez con mayor acierto y dignidad.

En cuanto hace al ensayista, es visible y loable —en cambio— la tendencia que hay en Caballero hacia el estudio profundo y avisorador de la realidad colombiana y latinoamericana, que le llevan —a través de constructivas advertencias— a sacar conclusiones muy esperanzadoras. *Suramérica, tierra del hombre* (1944), *Latinoamérica, un mundo por hacer* (1944), *Cartas colombianas* (1949), e *Historia privada de los colombianos* (1960), son aportes muy logrados en ese sentido. Su tarea de ensayista incluye a más de los citados en el curso de esta nota estos restantes títulos: *El nuevo príncipe: ensayo sobre las malas pasiones* (1945), *Breviario del Quijote* (1947), y *Americanos y europeos* (1958).

Como antólogo ha dado a la publicidad los siguientes libros: *Cervantes en Colombia* (1948); *Confesión del sufrimiento: la vida íntima de Dostoievski, Amiel, Wilde, M. Baskirtseff, Zweig*; *Los sueños gramaticales de Luciano Pulgar* (1952) —recopilación de algunos de los mejores fragmentos de los artículos publicados por don Marco Fidel Suárez con tal seudónimo—, y *Los mejores poemas de los mejores poetas colombianos* (Caracas, 1952). Es autor también de cuatro pequeños volúmenes de la serie *La historia en cuentos*, editados en 1953 —los tres primeros en Madrid y el último en Bogotá—, donde hábilmente reduce a fáciles lecturas episodios de la Biblia y de la historia de España y de Colombia.

CAICEDO ROJAS, JOSE. (Bogotá, 1816-1898). Estudió en el Colegio de San Bartolomé. Desde muy joven reveló una acusada tendencia hacia las humanidades. Y, en efecto, las letras y las artes fueron la razón de su vida, ya que fue poeta, músico, dramaturgo, ensayista y novelista. Fue a través del periodismo —mediante el cual todavía se hacía literatura— como Caicedo Rojas, verdadero patriarca de las letras colombianas, realizó lo mejor de su obra, que es su producción en prosa. Pues, como poeta, no pasó de ser un modesto lirista, entre neoclásico y romántico —tendencia que define a casi todos los poetas de su generación—, con predilección por la poesía descriptiva, familiar y graciosa, por lo cual el señor Caro —en carta a Menéndez y Pelayo— lo consideró como “poeta anacreóntico”. De su obra poética —compilada por Vergara y Vergara en uno de los tres volúmenes de su *Parnaso colombiano* (1867)—, a duras penas se salvan dos o tres poemas, sobre todo aquel titulado *El primer baño*.

En cambio, como prosista el señor Caicedo Rojas fue un maestro. En sus cuadros de costumbres —género que cultivó ampliamente— y en sus artículos periodísticos, que comenzó a publicar desde 1846 en *El duende*, hace gala de una gracia y de un estilo que lo identifican como tal. Publi-

cista connotado, fue colaborador de *El museo*, *El trovador* y de la *Biblioteca de señoritas*, en la cual inició la publicación de sus célebres *Apuntes de ranchería*, que después continuaron apareciendo en *El mosaico*. El conjunto de tales producciones fue recopilado por don Eustacio Santamaría, quien los hizo editar en El Havre, en 1871, con el título *Apuntes de ranchería y varios otros escritos literarios*. Una segunda edición, ya bajo el cuidado del propio autor, apareció en Bogotá en 1883.

También escribió el señor Caicedo dos novelas históricas: *Juana la bruja* y *Don Alvaro*, que García Prada considera como una "serie de cuadros de costumbres coloniales, que apenas une el hilo de débiles historias amorosas. En cambio, para Gómez Restrepo, *Don Alvaro* es "la obra más importante que salió de su pluma".

Su afición al teatro —que lo hizo figurar como actor desde muy niño— lo llevó a escribir varias obras dramáticas: *Miguel de Cervantes*, *Celos*, *amor y ambición* y *Gratitud de un artista*. Pero es evidente que en esta materia su erudición era mayor que su vistuosismo. Aunque no dejan de constituir documentos de importancia para la historia del teatro en Colombia.

El señor Caicedo Rojas ha sido con frecuencia comparado con Mesonero Romanos, "por su afición al género de costumbres, por su amor a lo tradicional y pintoresco, por el culto que rindieron, el uno a Madrid y el otro a Santafé", según dice Gómez Restrepo. Pero si nos atenemos solo a tales características todos nuestros costumbristas serían unos Mesonero Romanos. En todo caso, influenciado o no por el escritor madrileño o por Bretón de los Herreros —con quien también le han buscado parecido—, lo cierto es que el bogotano brilla con luz propia en ese género menor, pero delicioso, que tanto prefirió: el cuadro de costumbres y la crónica de otros tiempos, que inficionó tan gravemente nuestra literatura en la segunda mitad del siglo XIX.

Sus *Escritos escogidos* (1883-1891), en dos volúmenes, sus *Recuerdos y apuntamientos o cartas misceláneas* (1891), y unas *Lecciones elementales de moral* (1880) —fruto de su magisterio—, completan la producción de este escritor, tan representativo de la segunda generación de nuestro siglo XIX.

CAICEDO LADRON DE GUEVARA, MANUEL DE. (Bogotá, 1718-1781). Fue alumno y luego profesor del Colegio del Rosario, donde desempeñó los cargos de secretario, vice-rector y catedrático de latín. En 1740 obtuvo el grado de doctor en teología en la Universidad Tomística. Fue, durante dos años, rector del mencionado colegio, y profesor de teología. A partir de 1743, ocupó varios curatos y otros cargos eclesiásticos, entre ellos el de comisario del Santo Oficio en el tribunal de Cartagena. De regreso a Santafé, en 1773, desempeñó nuevamente la rectoría del Colegio del Rosario y la dignidad de canónigo racionero de la catedral, que conservó hasta su muerte.

Aunque de pocos méritos literarios, su nombre merece citarse como uno de los más cultos y eruditos de nuestro siglo XVIII. Escribió seis obras

de índole teológica-moral que se conservan inéditas: **Doctrinas sobre el credo y los artículos de la fe, Doctrinas sobre la reincidencia en el pecado, Doctrinas sobre la palabra de Dios: provecho de oírla y daño de no escucharlas.** Los títulos de las otras tres obras se ignoran por haber desaparecido las portadas, aunque tratan sobre parecidas materias. Según Vergara —que las tuvo a mano— no son otra cosa que una demostración de erudición eclesiástica. Y agrega: “su estilo es el de las obras de este género en su siglo; trivial aunque debiera ser elevado: los textos latinos cortan a cada paso el discurso, y este se compone de lugares comunes de los predicadores adocenados”. Como puede verse, no se trata de un juicio precisamente benévolo. Pero el gran crítico e historiador de nuestra literatura no tiene en cuenta la época y el ambiente en que esas obras fueron escritas.

CALDAS, FRANCISCO JOSE DE. (Popayán, 1771-Bogotá, 1816). Estudió humanidades en el Colegio Seminario de Popayán, y luego fue enviado con una beca al Colegio del Rosario de Bogotá, donde se doctoró en jurisprudencia. Pero como su verdadera vocación la constituían las ciencias físicas y matemáticas, a su regreso a Popayán y después de haber emprendido sin éxito uno y otro negocio, se dedicó a ellas. Pero, ante la falta de libros e instrumentos apropiados, viajó a Bogotá con intención de procurárselos, sin poder obtener todos los que necesitaba. De nuevo en Popayán, tuvo que fabricarse muchos de los que le faltaban, dedicándose de lleno a sus investigaciones. Fruto de estas fue el notable descubrimiento que hizo de un método para medir las alturas por medio del agua destilada en ebullición y del termómetro, con el cual obtuvo resultados muy exactos que enseguida comunicó a don José Celestino Mutis, quien ya desde 1783 dirigía la expedición botánica. Comprendiendo este el valor de Caldas, le envió algunos instrumentos científicos y le hizo miembro de la expedición, con el encargo de explorar y estudiar la parte sur del virreinato, o sea el actual Ecuador. En desarrollo de tal misión, recorrió ese territorio casi hasta la frontera con el Perú, desde 1801 a 1805, realizando estudios y observaciones utilísimas —algunas en compañía del barón de Humboldt— sobre la geografía y los recursos naturales del país, y acopiando gran cantidad de materiales que sumaban dieciseis cargas cuando hizo entrega de ello a Mutis en Santafé, en 1805. Tan importante trabajo le valió ser designado director del observatorio astronómico, cuya construcción se acababa de terminar. Desde ese año hasta 1810 ocupó el sabio ese cargo. Fue ese el más tranquilo y creador período de su vida, durante el cual no solo realizó su trabajo científico, sino que pudo fundar en 1808 —año en que también contrajo matrimonio— su famoso **Semanario del Nuevo Reino de Granada**, publicado hebdomadariamente hasta 1809, y luego en forma de memorias mensuales, de las cuales aparecieron once.

El **Semanario** —al cual se dedicará en su oportunidad un artículo de este diccionario— no solo fue el vehículo editorial del propio Caldas —quien allí dio a la publicidad sus más importantes trabajos—, sino el catalizador cultural de todo lo que intelectualmente valía en esa época en el Nuevo Reino. Allí colaboraron, en efecto, los principales talentos del virreinato, miembros muchos de ellos de la Expedición Botánica y expertos en las más

variadas cuestiones científicas. Su colección constituye por eso una verdadera *summa* de los conocimientos existentes en aquel período áureo de nuestra naciente cultura. Entre las monografías de Caldas que allí aparecieron pueden citarse: **El estado de la geografía del virreinato de Santafé**, en relación con la economía y el comercio, **Influjo del clima sobre los seres organizados**, **Chinchografía y geografía de los árboles de quina**, **Importancia del cultivo de la cochinilla**, **Memoria sobre la nivelación de las plantas que se cultivan en la vecindad del Ecuador**, **Geografía de las plantas que se cultivan en Santafé y su casta botánica**. Y, además, el hermoso **Artículo necrológico de Mutis** y su estudio sobre la **Educación de menores**. La labor de divulgación científica y de agitación cultural realizada por Caldas en su **Semanario** no tuvieron par en la América española de entonces.

En 1809 fue designado catedrático de matemáticas en el Colegio del Rosario. Y entregado estaba a sus disciplinas científicas, cuando estalló en 1810 el movimiento revolucionario del 20 de julio. Caldas se puso al frente de **El diario político**, fugaz periódico destinado a defender la nueva causa. Pero fueron las querellas intestinas de los noveles republicanos —que enseguida estallaron— las que determinaron el destino de Caldas. En efecto, no obstante sus convicciones federalistas, fue prácticamente reclutado por el centralista Nariño —a la sazón presidente del Estado de Cundinamarca— para sus propósitos militares contra el congreso de Tunja, ya que le nombró capitán de ingenieros cosmógrafos y les sugirió que se dedicara al estudio de la ciencia militar. Estudioso como era, Caldas no tardó en especializarse en ingeniería militar, convirtiéndose en un perito en materia de artillería, fortificaciones, asedio y defensa de plazas, y en el primer técnico en esa materia de la naciente república.

Pero, fastidiado de tan estériles luchas, aprovechó una oportunidad favorable y se dirigió a la provincia de Antioquia, donde se puso al servicio de la causa patriota. Entonces construye fortificaciones, establece fábricas de cañones, fusiles y pólvora, y funda la primera Academia de Ingenieros Militares. En 1815, ante el peligro de la reconquista española, es llamado a Santafé, donde fundó una academia semejante. Pero luego, ante el avance de las tropas de Morillo, huye hacia el sur y es capturado cerca de Popayán. Traído a Santafé, se le sigue un inicuo y sumario consejo de guerra, y es condenado a ser pasado por las armas. Crimen que no pudo ser impedido ni por la exposición que el propio mártir hace de sus méritos científicos ni por la intercesión de altos personajes. “España no necesita de sabios”, contestó el feroz coronel español Pascual Enrile. Y el 29 de octubre de 1816 se cumplió la atroz sentencia. Además, todos sus bienes fueron confiscados.

Con Caldas tuvo la ciencia y la literatura científica de los primeros años de la república, su máxima expresión. A su muerte tenía solo 45 años, y había logrado acumular un acervo tal de conocimientos en ese campo que —de no haber sido bárbaramente sacrificado— hubiera llegado a ser quizá una figura mundial. Su capacidad de estudio y observación no se limitaban a la fría acumulación científica de notas y materiales, sino que se traducían en una prosa sencilla pero elegante y cuidadosa, que se deja leer gratamente. Como publicista y ensayista, dejó así una obra que es al par lustre de la ciencia y de la literatura colombianas.

CAMACHO ROLDAN, SALVADOR. (1827-1900). Nació en Nunchía (Boyacá) y murió en la hacienda "El Ocaso" (Cundinamarca). Después de una niñez difícil y de una primera juventud llena de dificultades —trabajaba de día y estudiaba de noche—, logró doctorarse en derecho en 1848. En seguida es elegido juez parroquial de Bogotá. Ocupa luego varios cargos en la administración pública, especialmente en el ramo de rentas, lo que le permitió hacer muy importantes estudios sobre hacienda pública, materia que llegó a dominar como pocos en su tiempo. A partir de 1852 —cuando es nombrado gobernador del Estado de Panamá— se inicia su larga carrera de servicios a la nación, que le llevará —después de haber sido varias veces representante y senador— a ser primer designado en el gobierno del presidente Santos Gutiérrez (1869-1870), y encargado del Poder Ejecutivo durante una breve ausencia del titular. Miembro de aquella brillante generación radical que tanto llenó la vida política del siglo pasado, fue uno de los constituyentes de Rionegro (1863). Entre 1870 y 1878 fue secretario de Hacienda, del Tesoro y de Relaciones Exteriores de varias administraciones, cargos en los cuales reveló sus excepcionales dotes de estadista y sus extensos conocimientos socio-económicos.

Pero al mismo tiempo fue periodista entusiasta. Fueron varios los periódicos que fundó, entre ellos *La Reforma* (1851), *La Opinión* (1863-66), *El Agricultor* (1868-69) y *La Unión* (1881), hasta que le fue posible expresar libremente sus ideas. Pues, demócrata convencido, no cesó de luchar por la libertad sino cuando la tiranía se lo impidió. Después se dedicó a sus actividades privadas e hizo un viaje a Estados Unidos, fruto del cual fue su libro *Notas de viaje*, publicado en 1890. En este mismo año fundó la aún existente "Librería Colombiana".

El señor Camacho Roldán fue sobre todo un eminente ensayista. Atraído por los temas sociológicos, económicos, fiscales y políticos, dio muestras de sus capacidades en esos campos a través de sus lúcidos estudios, que recogió luego en tres tomos con el título de *Escritos varios* (1892-93). Una muestra brillante de su dominio en esas materias es su discurso sobre *El estudio de la sociología*, leído en la Universidad Nacional en 1882. Ejemplares son también sus artículos sobre la situación económico-social del país, que tuvo el mérito —al igual que Miguel Samper, Aníbal Galindo y otros— de ver muy claro y con profundidad todo lo que concernía a nuestra realidad nacional de entonces.

Pero no obstante su dedicación a tan difíciles materias, tuvo oportunidad de espigar con fortuna en el campo de la crítica, pues fue hombre de muchas lecturas y de excelente formación literaria. No sorprende, así, que hubiera dedicado muy perspicaces páginas al tema del costumbrismo —en su estudio sobre la *Manuela* de Eugenio Díaz—, o al del romanticismo, en su ensayo sobre Gutiérrez González.

Ya en sus últimos años se dedicó a redactar sus *Memorias* —desafortunadamente truncas— que arrojan mucha luz sobre los períodos de la vida colombiana que alcanzó a tratar allí, o sea sobre el que va de 1846 a 1852, y sobre el que abarcó ese momento tan trascendental de nuestra historia política que fue la Convención de Rionegro. Comenzadas a redac-

tar en 1894, solo vinieron a ser publicadas por sus descendientes en 1923. La muerte no le permitió rematar esta última obra de su vida, que es un documento de gran valor, escrito con galanura y sinceridad.

CAMACHO RAMIREZ, ARTURO. (Ibagué, 1911). Estudió en el Instituto de La Salle de Bogotá, ciudad donde ha vivido desde niño, salvo una breve permanencia en la Costa Atlántica y un viaje a Bolivia, donde ocupó el cargo de secretario de la Embajada de Colombia. Periodista a ratos, ha colaborado en *Acción Liberal* (primera época), *Sábado*, *El Tiempo* y *El Espectador*. Ultimamente redactó una fugaz columna en *El Espacio*. Aunque ha escrito una obra de teatro, *Luna de arena* —varias veces representada y fruto de su permanencia en la desértica Guajira—, esta obra es más que todo un hermoso poema dramático, escrito en un lenguaje lírico muy rico en garbosas metáforas y versos relampagueantes. Ello vino tan solo a confirmar su definida personalidad poética, comenzada bajo signos nerudianos en su inicial *Espejo de naufragios* (1935). Pero que luego se ha ido afirmando con lineamientos más propios en sus posteriores libros: *Cándida inerte* (1939), *Presagio del amor* (1939), publicada en las *Ediciones Piedra y cielo*, grupo del cual hizo parte Camacho, pero con cuya orientación general no estuvo nunca muy a tono. Otras obras suyas son: *Oda a Charles Baudelaire* (1943), *La vida pública* (1962) y *Límites del hombre* (1964).

En la poesía de Camacho Ramírez se da una bien amalgamada coexistencia de ciertas influencias europeas —francesas y españolas—, con el tratamiento de temas y motivos latinoamericanos. Por eso es de efectiva raigambre humana y social, alejada de los puros ejercicios poéticos y expresivos de otros poetas de su generación. Camacho es, en efecto, uno de los pocos poetas colombianos que ha logrado conciliar la validez estética del poema con el tratamiento dignamente lírico de angustias que no son únicamente las suyas.

CAMARGO, RAFAEL MARIA. (Iza, -Boyacá- 1858— Bogotá, 1926). Hizo famoso el seudónimo de "Fermín de Pimentel y Vargas", tras el cual quiso ocultar la autoría de sus obras literarias, de temas puramente laicos. Tuvo unas mocedades más que aventureras, que fue guerrillero en las breñas de su tierra nativa y combatiente en las guerras civiles del último cuarto del siglo pasado. Ingresó un poco tarde en el Seminario de Bogotá, donde coronó sus estudios teológicos y recibió las sagradas órdenes. Cura de almas en varias parroquias rurales de Cundinamarca, en 1900 tomó parte en otra guerra civil, pero esta vez como capellán militar. Al terminar la contienda, retornó a sus curatos sabaneros y, mientras desempeñaba el de Sesquilé, tuvo oportunidad de trabar amistad con Clímaco Soto Borda, quien sería su devoto contertulio por muchos años. Sin embargo, en 1917 tornó a ser capellán castrense, dignidad que tanto cuadraba con su nada tranquilo temperamento.

Fruto de su vida andariega y de su contacto con las gentes del campo fueron sus divertidas *Escenas de la gleba*, publicadas en dos volúmenes, en 1899 y 1905, respectivamente. Se trata de pintorescos cuadros de costumbres, repletos de chispeantes diálogos y situaciones más que graciosas. Escritos en un lenguaje llano pero rico en expresiones populares, le valie-

ron el elogio de don Rufino J. Cuervo por sus méritos lexicológicos. Por su parte, Cejador y Frauca los consideraba como “de lo mejor que en literatura regional se ha escrito en América”. Pero, en realidad, estos cuadros son la última expresión de un género que —por estar de capa caída tenía ya muy poco que dar a la literatura colombiana, fuera de ese aporte lexicográfico que señalaba Cuervo.

CAMPO LARRAONDO, MARIANO DEL. (1772-1860). Nació en Popayán. Allí estudió en el famoso Colegio Seminario —semillero de tantos valores—, donde fue alumno de Félix Restrepo y del sabio Caldas. Pasó luego a Quito donde se doctoró en ambos derechos y recibió las sagradas órdenes. Vuelto a su tierra natal, desempeñó altos puestos en la jerarquía eclesiástica. Al estallar la guerra de independencia, asumió la causa patriótica con un fervor que le valió persecuciones y despojos. Al fundarse en 1823 el Colegio Santa Librada, en Cali, fue nombrado como su primer rector, realizando allí una memorable obra de renovación pedagógica. Poeta épico, poco feliz, compuso con más elación patriótica que inspiración varias obras: **Canto en acción de gracias por la rendición de Pasto a las armas de la república** (1822), **Ensayo de un drama colombiano relativo a la transformación política del Estado en 1810** (1825), **Compendio de la doctrina cristiana, en verso fácil, para el uso de las escuelas primarias de Popayán** (1834), **Seis noches y un día** (1841) —poemas sobre la guerra de independencia en el Cauca—, y, por último, una “biografía, escrita por él mismo en versos endecasílabos pareados, con notas, y dedicada a su muy querida, discreta y virtuosa sobrina la señora Matilde Pombo de Arboleda” (1847).

Fecundo publicista, escribió —incluso con el seudónimo de “Fabio Públícola— muchos artículos y estudios sobre cuestiones históricas, jurídicas, pedagógicas y religiosas, en una prosa que Otero Muñoz califica de “impersonal, correcta, enfática a veces”. De lo mucho que escribió, solo alcanzó a publicar en Popayán un pequeño volumen titulado **Breve discurso sobre la libertad de cultos y entretenimiento político**. Pero lo mejor de su producción en prosa es su célebre **Carta a los editores del Correo Curioso** —descubierta por el señor Caro en la Biblioteca Nacional— en la que analiza la versión de una Oda de Horacio y hace muy pertinentes consideraciones sobre las reglas que deben seguirse en la traducción de los clásicos latinos. Demuestra allí lo muy entendido que era en el arte de traducir que —al decir de Menéndez y Pelayo— don Mariano entendía tan bien y practicaba tan mal. Y, en verdad, las versiones que hizo de Horacio no se distinguen precisamente por su excelencia.

Formado en el cerrado ambiente colonial del siglo XVIII, no alcanzó a comprender que ya eran muy otras las ideas, gustos, tendencias y exigencias de la nueva centuria, ni se puso nunca a tono con ellas. Por eso, como dice el mismo Otero Muñoz, su obra literaria “es, por su asunto y por su forma, un eco tardío de otra voz más potente del siglo anterior”. Y así pasó a mejor vida, retirado en su refugio campestre de Santander (Cauca), este humanista payanés, más que avanzado un siglo que no llegó a entender.

(Continuará)